

PENTECOSTÉS.

Homilía, Predicada en La Fiesta de Pentecostés

Mayo 28vo., 2009. HECHOS, II. 1-11.

M. Reverendo Enrique Broussain ~ Congregación del Oratorio del Sagrado Corazón de Jesús

«Al cumplirse, pues, los días de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar, cuando de repente sobrevino del cielo un estruendo, como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos. Entonces fueron llenos todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca. Había a la sazón en Jerusalén, Judeanos piadosos, y temerosos de Dios, de todas las naciones del mundo. Divulgado, pues, este suceso, acudió una gran multitud de ellos, y quedaron atónitos, al ver que cada uno oía hablar a los Apóstoles en su propia lengua. Así pasmados todos, y maravillados, se decían unos a otros: ¿Por ventura estos que hablan, no son todos Galileos, rudos e ignorantes? Entonces ¿cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa? Partos, Medos y Elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea, y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia y de Egipto, los de la Libia confinante con Cirene, los que han venido de Roma, tanto Judeanos, como Prosélitos, los Cretenses, y los Árabes, los oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios. ~ *Actor.*, ii. 1-11.»

«Respondió Jesús y les dijo: Si alguno Me ama, guardará Mi palabra; y Mi Padre le amará, y nosotros iremos a él, y haremos morada con él. El que no Me ama, no guarda Mis palabras: y la Palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Estas cosas os he dicho, estando aún presente con vosotros. Mas el Paráclito, *es decir*, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo cuanto os he dicho. La paz os dejo; Mi paz os doy: no según la da el mundo, Yo os la doy: no se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído cómo os dije: Yo me voy, y vuelvo otra vez a vosotros. Si me amaseis, os regocijaríais, por cuanto Me voy al Padre: porque el Padre mayor es que yo. Yo os lo digo ahora antes que suceda, a fin de que cuando sucediere, os confirméis en la fe. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, aunque no hay en Mí cosa que le pertenezca. Mas para que el mundo conozca que Yo amo al Padre, y que cumplo con lo que Él me ha mandado: levantaos, y vámonos de aquí. ~ *Joann.*, xiv. 23—31.

¡Ven, Espíritu Santo, colma el corazón de Tus fieles, y alumbra en ellos el fuego de Tu amor!

Veni Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende.

IN NOMINE IESU

1. El gran día que consuma la Obra divina sobre el hombre, que, como, pecador clama por redención, ha llegado al mundo. «*Los días de Pentecostés,*» dice San Lucas, « *fueron cumplidos*» (Hechos, ii.1.) » Desde la Pascua, han pasado siete semanas; y el día que las sigue lleva, misteriosamente, el nombre de *cincuenta*, esto es, *Pentecostés*. Este día es una Dominica, consagrada por las augustas memorias de la Resurrección y de la Luz increada que alumbran al primer día, desde el séptimo, en cuyo crepúsculo las Santas Mujeres marchaban, sin saberlo, hacia el triunfo del Señor, ya Resucitado y Glorioso. Se imprime ahora un carácter, y nosotros recibiremos, « la plenitud de Dios. »

2. Bajo el reino de las figuras, el Señor ya había marcado el futuro esplendor del día quincuagésimo. El Viejo Israel había llevado a cabo, bajo los auspicios del Cordero Pascual, su pasaje por las aguas del Mar Rojo. Siete semanas transcurrieron en este desierto que debía conducir a la tierra prometida; y el día que sobrevinía luego de las siete semanas, fue aquel del Convenio sellado entre Dios y Sus fieles. Pentecostés, el día cincuenteno, quedó marcado a fuego por la promulgación de los Diez Mandamientos, o Palabras, de la Ley divina; y este gran recuerdo acompañó al antiguo Israel con la conmemoración anual del hecho. Como la Pascua, aquel Pentecostés era profético; debía llegar un Segundo Pentecostés abierto hacia hombres de todos los pueblos; así como una Segunda Pascua, para la redención de la caída criatura humana. Para el Hijo de Dios, vencedor de la muerte, la Pascua con todos sus triunfos; para el Espíritu Santo, Pentecostés, que da testimonio de Su ingreso como legislador del mundo, sujeto desde entonces a Su ley.

3. Pero, ¡qué diferencias entre aquel Pentecostés, y este otro! El primero sobre las rocas de Arabia, en medio de relámpagos y truenos, intimando una Ley grabada en Tablas de Piedra; el segundo en Jerusalén, sobre la cual aún no había refucilado la maldición, desde que albergaba en su seno, hasta entonces, las primicias de una Nueva Hermandad, sobre la cual se ejercería el imperio del Espíritu de Amor. En este Segundo Pentecostés, ya no habría tinieblas en los cielos; no se dejaría oír el mugido ominoso de la tormenta; el corazón del hombre no sería conmovido, gélido, como sucediera, en redor del Sinaí; late, sí, bajo la moción del arrepentimiento, y la sabiduría. Un

fuego divino se apoderó de ellos; y este fuego iría a abrasar toda la tierra. Jesús había dicho, « Yo he venido a traer fuego sobre la tierra ¿y qué es lo que quiero, si no que arda? (*Lucas*, xii. 49.) » La hora vino, y Aquel, que es en Dios el Amor, la eterna e increada llama, descendió del cielo, para colmar la intención misericordiosa de Emmanuel.

4. En tanto meditamos sobre pensamientos y situaciones en el Cenáculo: en la Cámara Alta, Jerusalén se llena de peregrinos que provienen de las varias regiones de la gentilidad; y algo desconocido, hay, que se remueve en el fondo del corazón de esos hombres. Muchos profesan, de alguna manera, aquella fe del Viejo Israel, con sus Fiestas de Pascua y Pentecostés, allá, cuando todavía no existían las Sinagogas ni el Talmud. Gentes de Asia, de África, viajeros desde la misma Roma, aunándose con los Judeanos, también ya mezclados con otras etnias, como los Edomitas, de los cuales habían sido Herodes y su infausta familia. No faltaban Paganos, que habían abrazado lo que entendían como la Ley Mosaica, y las costumbres de la Sinagoga; se les llamaba *Prosélitos*, siempre habitantes de segunda clase. Más allá de las mezclas y combinaciones, *el Judeano es un nómade*; y los nómades nunca dejan de serlo; se diría que el cosmopolitismo es una característica infalible de su misma existencia. La mayoría ha vivido y vive en la diáspora, el *Galuth*; y ahora, esta población móvil y disgregada gusta reunirse, con la excusa de la Ley, en Jerusalén, que representa entonces, por la diversidad y galimatías de las lenguas, la confusión de Babel. Recién llegados, los muchos no han conocido, ni repudiado, al Mesías, el Cristo de Dios; ni han blasfemado de las obras que dieron testimonio de Él. No obstante, puede que hayan vociferado ante Pilatos, instigados por los Príncipes de los Sacerdotes y los Sabios de Sión, demandando que el Justo fuese crucificado.

5. Ha llegado la hora, la hora de Tercia, la hora predestinada de toda eternidad; y el designio del Dios Trino, concebido y convenido desde antes de la fundación del mundo, se declara, y se cumple. Así como el Padre, cerca del Mediodía, cubre con Su Sombra a María para que el Verbo Divino, que Él engendra eternamente, se encarne en el seno de la casta Virgen, así envía ahora, en esta Hora de Tercia, al Espíritu Santo sobre la tierra; el Espíritu, que procede del Padre (*Joann.*, xv. 26,) para que cumpla hasta el fin de los tiempos la tarea de formar la Iglesia, Esposa e Imperio de Cristo; para asistirle, proveer para ella, justificar y santificar las almas de los miembros del Cuerpo Místico, los elegidos.

6. De súbito se deja oír un viento formidable, viniendo del cielo; brama desde lo alto y colma al Cenáculo con Su aliento, poderoso. Convoca, extramuros, alrededor del augusto edificio que se abre hacia el Monte de Sión, a una turba de habitantes de Jerusalén, y a extranjeros; dentro, conmociona y levanta a los ciento veinte discípulos del Salvador Jesús, y nada puede resistirle. El Divino Maestro había dicho de Él: «*Es un viento que sopla donde quiere, y vosotros oís resonar Su voz*' (*Joann.*, iii. 8;)*»* potencia invisible que invade hasta las honduras de la mar, y lanza las olas hasta las nubes. Desde entonces ese '*viento*' recorrerá la tierra por doquiera, y nada podrá sustraerse a Su dominio.

7. Sin embargo, la santa asamblea que Él había tomado por entero en el éxtasis de la espera, conserva la misma actitud. Pasiva ante el poder del Visitante divino, a Él se abandona. Pero el soplo no era sino una preparación para la intimidad del Cenáculo, así como un llamamiento a los de fuera. De pronto una lluvia silenciosa se expande dentro del edificio; lluvia de fuego, dice una Liturgia, «que ilumina sin arder, que refulege sin consumir (*Oración del Jueves de Pentecostés.*) » Pinceles inflamados, con forma de lenguas, vienen sobre las frentes de cada uno de los ciento veinte. Es el Espíritu Santo, el Divino Espíritu, que toma presidencia de la congregación en cada uno de sus miembros. María no está aislada de la Iglesia; ella se encuentra en medio de los ciento veinte. Todos están en el Espíritu del Verbo, que ha descendido sobre ellos; Su Reino comienza, se ha declarado, y nuevas conquistas se preparan.

8. Admiraremos el símbolo bajo el cual se opera esta revolución celeste. Aquél que apenas fue entrevisto en el Jordán, bajo la forma sutil de una paloma, aparece hoy bajo las formas del fuego. En la esencia divina está el Amor. Ahora bien; el Amor *no es tan sólo dulzura y ternera; es también ardiente como el fuego*. Por lo tanto, ahora que el mundo ha sido librado al Espíritu Santo, hace falta que arda, y el incendio no se detendrá ni en el Último Día. Porque el fin será por fuego. Todo lo que no fue salvo por el fuego de Dios, de un modo u otro, por el fuego de Dios será consumido. ¿Y por qué la forma de lenguas? sino porque la Palabra será el medio que propagará el incendio divino. Estos ciento veinte discípulos no harán más que predicar al Hijo de Dios hecho hombre, Redentor del mundo; del Espíritu Santo que renueva las almas; del Padre celestial que ama a los Suyos y los adopta. Y esta Palabra pondrá de rodillas a un gran número. Todos los corazones que ella abra, se unirán en una misma fe; y formarán el Cuerpo de Cristo, conocido entre los hombres como la Iglesia Católica, la que es 'todo en todos,' universal, sinfónica, gobernada por la Palabra y los Sacramentos que administran los sucesores de los Apóstoles; y así será,

en todos los tiempos, desde entonces; y en todo lugar. El Señor les había dicho: «Id, doctrinad a todas las naciones;» el Espíritu de Dios aporta, del cielo a la tierra, la lengua que haría resonar esta palabra, y el Amor de Dios con el cual muchos serían inspirados. Esta lengua y este amor fueron derramados sobre aquellos hombres, y, en el poder del Espíritu divino, ellos los transmitirían a otros, hasta el fin de los siglos.

9. Sin embargo, pareciera que un obstáculo se yergue contra tal misión. Desde Babel, el lenguaje de los hombres se dividió, y la palabra dejó de circular de un pueblo al otro. ¿Cómo podría la palabra, pues, ser el instrumento de conquista de las naciones, y reunir en una sola familia a tantas etnias que se ignoran las unas a las otras? *Que nadie se inquiete. El Espíritu Santo ha provisto para ello.* En la sagrada embriaguez que inspira a los ciento veinte, Él les ha conferido el comprender todas las lenguas y hacerse entender, ellos mismos, en estas lenguas. En un instante, en excelso transporte, ensayan el hablar en todas las lenguajes de la tierra; y su lengua, como su oído, se prestan, no sólo sin esfuerzos, mas con delicia, a esta plenitud de la palabra, que va a restablecer la comunión de los hombres entre sí. El Espíritu de Amor da fin, en un instante, a la separación de Babel, y la primera hermandad reaparece en la unidad de lenguaje.

10. ¡Qué hermosa eres, Iglesia de Cristo Dios, tornada sensible en este solemne prodigio del Espíritu Santo, que desde entonces actuará sin límite alguno! Nos recuerdas el espectáculo soberano que ofrecía la tierra, cuando la raza humana no hablaba sino una misma lengua. Y este asombro no duraría tan sólo el Día de Pentecostés; no; no habría de durar solamente durante la vida de aquellos en quienes resplandeció en aquel momento. Con la predicación de los Apóstoles, la forma primera del prodigio se irá desvaneciendo poco a poco, hasta que deja de ser necesaria; pero hasta el Fin del Mundo, Iglesia de Jesucristo, seguirás hablando todas las lenguas: *aún en medio del Reino del Anticristo, tú te harás escuchar, y no volverás al Padre vacía.* No estarás confinada a un solo país; te harás escuchar en todos los países del orbe. Por doquiera se escuchará la expresión de una misma fe en la lengua de cada pueblo; y así el milagro de Pentecostés, renovado, transformado, a veces en sufrimiento y entre cadenas, estará siempre a tu lado, Cuerpo Místico, Congregación de los Santos, Simiente de la Mujer, Santa Iglesia Cristiana. Por ello, asimismo, serás reconocida. Es lo que hace decir al Doctor Máximo, hablando a los fieles, este pasaje magnífico: « 'La Iglesia, expandida entre las naciones, habla todas las lenguas. ¿Y qué es esta Iglesia, mas el Cuerpo de Cristo? De este Cuerpo, vosotros sois miembros. Al ser, pues, miembros de un Cuerpo que habla todas las lenguas, tenéis el derecho de consideraros, todos, como participantes de un mismo don' (Agustín, *In Joann.*, Tract. XXII.) » El Sagrado Oficio del Ministerio, los ordenados al Sacerdocio de Melquisedec, predicán a Cristo públicamente; pero todos los fieles tienen el compromiso de hacerlo privadamente, en el hogar, en las calles, dando el testimonio del Resucitado a viva voz, o por el ministerio de la Palabra escrita, o de cualquier otra forma digna, la que esté al alcance de cada uno. Durante todos los siglos, desde aquel día, la Santa Iglesia de Cristo, fuente única de todo ascenso verdadero de la humanidad, hizo esto, y mucho más; llegó a reunir a todos los pueblos Cristianos en una misma lengua. El Latín fue, por siglos, el lenguaje y el vínculo del mundo restaurado. A despecho de las distancias, las relaciones de pueblo a pueblo, las comunicaciones de la ciencia, los mismos asuntos particulares, le fueron confiados; aquel que hablaba esta lengua no era extranjero en ningún país, ni en Europa, ni en otras partes del mundo. La Revuelta Protestante del siglo 16, [cuando la Revolución comienza a operar a la luz del día, para extenderse luego en la blasfema e impía Gran Revolución en Francia (sin olvidar los orígenes masónicos de aquella en los Estados Unidos, que la precede en el tiempo, la que a su vez da lugar al Comunismo, y ahora a la Globalización, que conduce al Gobierno Único Mundial, la Tiranía del Anticristo,] aquella Revuelta, decía, mutiló y quebró los vínculos de la Cristiandad, ya minada desde dentro; y este gran beneficio, como tantos otros, se perdieron, dando lugar a las tinieblas sociales, a las guerras, al terror y al sinnúmero de desgracias que Occidente observa desde entonces, en tanto se le conduce ciegamente a otra 'unidad' cuyo espíritu no procede, precisamente, de lo alto. — Pero volvamos al Cenáculo, cuyas puertas todavía permanecen cerradas, y sigamos contemplando las maravillas del *Spiritus Creator*.

11. Nuestros ojos buscan ahora respetuosamente a María; María, más que nunca llena de gracia. Pareciera que luego de los inmensos dones que se le prodigaron, de los tesoros de santidad y pureza inmaculada que en ella vierte la presencia del Verbo Encarnado, a lo largo de los nueve meses que le lleva en seno; luego de los socorros especiales que recibe, misteriosamente, para acompañar y sufrir, en unión con Su Hijo, en la obra de la Redención: después de los favores con que el Salvador Jesús la colma en medio de las claridades de la Resurrección, el Cielo había agotado la medida de las mercedes que había de derramar sobre esta simple criatura: pero una tan enaltecida, que ingresaba en el plan eterno. Mas, no era así. Una nueva misión aguarda a María: en esa hora, la Iglesia es como creada por ella; María da a luz a la Esposa de su Hijo, y nuevos deberes la requieren. Jesús ha ascendido a los cielos;

ha dejado a María sobre la tierra, para que prodigue al tierno fruto sus cuidados maternales. Es emotiva, pero también gloriosa, esta infancia de la Iglesia; recibida en brazos de María, nutrida por ella, sostenida con su apoyo durante los primeros pasos de su marcha en este mundo. Como la describe San Irineo de Lyon, ella es *la Nueva Eva*; y hace falta a esta «Madre de los vivientes,» un cierto añadido de gracia para responder a tal encargo. Por ello, es la Virgen el primer objeto de los favores del Espíritu Santo. Antaño la cubrió con Su sombra y la fecundó para que fuese la Madre del Hijo de Dios; ahora hace de ella la Madre de los Cristianos. « El río de la gracia,» como lo expresa el Rey profeta, 'sumerge en sus aguas esta Ciudad de Dios que la recibe con deleite;» el Espíritu de *járitas* cumple en este momento el oráculo del Redentor que muere en la Cruz. Había dicho el Señor Cristo, designando al hombre, «'Mujer, he ahí, tu hijo;» la hora ha llegado, y María recibe con pasmosa plenitud esta gracia maternal que comienza a emplear desde entonces, y que la acompañará hasta su trono de reina: cuando la Iglesia haya alcanzado crecimiento suficiente, su nodriza celeste podrá dejar este mundo, y alcanzar en los cielos la diadema que por ella aguardaba. (1)

12. Contemplemos esta nueva belleza que luce en los rasgos de aquella en quien el Señor declara una segunda maternidad: *esta belleza es la obra maestra del Espíritu Santo*. Un fuego divino transporta a María; un amor desconocido se enciende en su corazón; ella se consagra ahora a esta otra labor, para la cual fue dejada en el mundo. La gracia apostólica ha descendido sobre ella. La lengua de fuego que ella ha recibido no hablará jamás — ni debiera hablarse de ella, como no lo han hecho los Apóstoles, en la Proclamación *Pública* del Evangelio—pero ella hablará a los Apóstoles, los conducirá, los consolará en sus esfuerzos. Se anunciará, esta lengua bendita, con tanta dulzura como influencia, al oído de los fieles, que sentirán la atracción hacia aquella en quien el Señor ha resumido todas sus maravillas. Como nutriente generoso, la palabra de esta Madre universal dará, a los primeros hijos de la Iglesia, el vigor que les hará triunfar sobre los asaltos del infierno; y es después de esto que San Esteban protomártir inaugurará el lábaro de los mártires.

(1) Los Padres han afirmado que todos los hombres recibieron por herencia la muerte y la corrupción, y que todos pecaron, porque eran—somos—pecadores por naturaleza. El hombre es pecador, a causa de su corrupción y depravación natural, y luego peca; no se hace pecador por pecar, según la herejía pelagiana, fomentada por aquellos fariseos que suponen que el hombre es salvo por hacer buenas obras. Los Padres interpretaban este estado, de hecho adquirido de Adán, como una esclavitud al Demonio, quien, después de la falta del primer hombre, ejerce sobre la humanidad una tiranía usurpada, injusta y mortal. Dios, a lo largo de la historia del Viejo Israel, procuró guiar al hombre hacia este Mesías: Cristo, el mismo Verbo de Dios, que se encarnó en la Virgen María, por obra del Espíritu Santo: y, por consiguiente, estuvo al margen de las generaciones corrompidas por el pecado adámico. Venció al Demonio en la Cruz; resucitó al tercer día; dio de nuevo al pecador acceso a la vida. La doctrina del pecado original, imposibilita el dogma de la «Inmaculada Concepción de María,» según fue definido por Pío IX en 1854. Su razonamiento no tiene validez, ante la doctrina Bíblica y Patrística, sobre todo en San Agustín, sobre este punto: total depravación, esclavitud al Demonio, y mortalidad, transmitidas por vía hereditaria natural: tales fueron las consecuencias del pecado de Adán, según la tradición ortodoxa. Ciertamente la Virgen María nació de Joaquín y de Ana de la misma manera que todos los hombres y, como todos hombres era mortal, a causa del pecado. La herencia de Adán no fue superada más que en la Persona de su Hijo, nacido por obra del Espíritu Santo.

María fue elegida y preordinada para ser Madre del Señor Encarnado. Debemos asumir que ella era idónea para ese oficio *numinoso* - que estaba preparada para ese llamado excepcional - preparada por Dios. ¿Podríamos definir con propiedad la naturaleza y carácter de esta preparación? Enfrentamos aquí una antinomia crucial. La Bienaventurada Virgen representaba a la raza; esto es, *a la raza humana caída, descendiente del Viejo Adán*. Mas ella era, asimismo, la Nueva Eva; con ella comienzan 'las nuevas generaciones.' Fue separada y puesta aparte por el eterno consejo de Dios; pero esta 'separación;' este 'poner aparte,' *no destruyó su solidaridad esencial con el resto de la humanidad*. ¿Puede este misterio antinómico ser resuelto en algún esquema lógico? El dogma Católico-Romano de la Inmaculada Concepción de la Virgen fue, pues, un noble intento para sugerir una respuesta. Hablando estrictamente, este dogma constituye una dificultad innecesaria; y su terminología, poco afortunada, sólo oscurece la verdad indisputable de la Fe Católica. *Los privilegios de la Maternidad divina no dependen de la libertad del pecado original*. La plenitud de la gracia fue investida, ciertamente, sobre la Bienaventurada Virgen; y su pureza personal fue preservada por la asistencia ininterrumpida del Espíritu. *Pero esto no fue una abolición del pecado*. El pecado fue destruido solamente en la Cruz; y ninguna *excepción* fue posible, desde que el pecado era y es la condición general y común a toda la especie humana. No fue destruido por la Encarnación, aún cuando la Encarnación, como Nuevo Génesis, inauguró la Nueva Creación. La Encarnación no fue sino el fundamento y el punto de partida de la Obra Redentora de Nuestro Señor. Y el Nuevo Adán, Él mismo, ingresa en la plenitud de Su gloria a través de las puertas de la muerte. La Redención es un acto complejo; y debemos distinguir muy cuidadosamente sus momentos, aún cuando estén supremamente integrados en el único y eterno designio de Dios. Integrados en el propósito divino, en el despliegue terrenal estos momentos se reflejan el uno en el otro y la

final consumación viene ya prefigurada y anticipada en cada una de las etapas previas. Hubo un perfeccionamiento real en la Historia de la Redención. María tuvo la gracia de la Encarnación, como Madre del Encarnado; pero no fue esta, todavía, la gracia completa, desde que la Redención aún no se había cumplido. Aún así, su pureza personal fue posible en un mundo todavía irredento - o, más bien, en un mundo que estaba en un suceso de Redención. El verdadero punto teológico es aquí aquel de la elección divina. La Madre y el Infante están inseparablemente unidos en el decreto único de la Encarnación. Como evento, la Encarnación es el gozne de la Historia; su punto de inflexión; y este punto de inflexión es inevitablemente antinómico: se vincula a la vez al Antiguo y el Nuevo Testamento. *El resto es silencio*. Debemos permanecer en temor y temblor en las puertas del misterio.

No cesa la liturgia de elogiar a la «Madre de Dios,» y reconoce su papel único en la economía de la salvación — por su *fiat*, dado al Ángel, María, la Nueva Eva, es el origen de una nueva raza de hombres, los elegidos de Dios, que participan de la vida Trinitaria. Canta, asimismo, la liturgia Oriental, la glorificación corpórea de la que fue objeto la Theotokos después de su muerte: ve en ella el fin y el cumplimiento de toda la Creación, dispuesta, por fin, a recibir al Salvador: pero es Jesucristo, y no María, a quien la Iglesia adora como al Príncipe de la Vida, Salvador y Redentor; y fue únicamente Él quien se benefició de una Concepción Inmaculada en el seno de María. En cuanto a María, ella es la «Madre de Dios»: es quien, como Madre y en nombre de nuestra raza, ha albergado al Dios Salvador. [Para un desarrollo completo, ver nuestro «*La Muy Santa Theotokos*.»]

13. Observemos ahora a la ‘*Sobor*’ apostólica. Aquellos hombres que fueron cambiados por el Espíritu, en el Verbo, luego de cuarenta días de directa formación sobrenatural ¿quiénes son ahora? ¿No vemos cómo han sido transfigurados, cómo el fuego de Dios fulgura en su pecho; esos hombres que, en un momento, se lanzarán a la conquista del mundo? Todo lo que el Maestro les había profetizado, se ha cumplido en ellos; y es, verdaderamente, la Virtud de lo alto que ha descendido para armarlos en el combate. ¿Dónde quedaron aquellos que temblaban ante los enemigos del Señor Cristo, aquellos que dudaban de Su Resurrección? La Verdad recibida del Maestro brilla en su inteligencia: todo lo ven, todo lo comprenden. El Espíritu Santo les ha dado el don de la fe, gracia primera, en grado sublime; y sus corazones arden en el deseo de propagar íntegra esta fe en el mundo entero. Lejos de agobiarles el temor, no aspiran más que a enfrentar todos los peligros, predicando, como Jesús les encomendó, a todas las naciones, Su Nombre, y Su Gloria.

14. Aquí está Pedro; se le reconoce ahora por una dulce solemnidad, temperada por una sobria sencillez. Ayer, manifestaba un aspecto imponente, aunque intranquilo; ahora, sin perder dignidad, apreciamos en sus rasgos una impresión de mando convencido, novedoso. El Espíritu de Dios reside en él; y así, *Pedro es símbolo del Obispo en la unidad*. Es la visión de San Ignacio Antioqueño; los fieles son Cuerpo de Cristo en la Eucaristía; y el Obispo significa esta unidad, resumiendo la Iglesia local en sí mismo; pero la gobierna de manera sinodal, ‘*sobornaia*,’ esto es, en la comunión de todos los miembros de un mismo Cuerpo. (2) Próximo a Pedro, Andrés, su hermano, que recibe en ese momento su pasión ardiente por la Cruz, que será desde entonces su carácter, para siempre admirado; y San Juan, con esa dulzura viril que ahora se acentúa en las Visiones de Patmos. Junto a él, Santiago, su hermano, el otro ‘hijo del trueno,’ movido por el vigor del caballero proceloso que marchará a la conquista de Iberia. El segundo Santiago, aquel que es mencionado como « hermano del Señor, » alienta en la virtud del Espíritu divino un nuevo grado de sabiduría y beatitud. Mateo, como con una lámpara, que ya presagia que él será uno de los primeros escritores del Nuevo Testamento. Tomás, que siente en su corazón la fe recibida al tocar los miembros del Resucitado, madura rápidamente, y emprende sus misiones al Extremo Oriente. En una palabra; todos son un himno viviente a la gloria del Espíritu Omnipotente, que se anuncia con este poder desde los primeros momentos de Su Venida.

(2) Al usar el término eslavo ‘*Sobor*,’ como ‘*sobornicidad*,’ adaptándolo rústicamente a nuestra lengua como sinónimo de ‘catolicidad,’ expresamos la doctrina Apostólica y Ortodoxa de la iglesia indivisa, en cuanto a catolicidad como *Sinfonicidad* en la comunión de todos los miembros del Cuerpo de Cristo. *Sobornicidad*, así, pues, es *unidad en comunión*. En cada nivel, se espera que la Iglesia viva en Cristo como armoniosa sinfonía de fieles, congregados en Cristo, sobre los cuales reposa el Espíritu Santo en Palabra y Sacramentos. Esta vida demuestra cómo los Cristianos, llamados a la gracia divina, participan en la obra de la Redención, y en la preservación de la Palabra y la Tradición apostólica. Ahora bien, los Patriarcas y los Jefes de las Iglesias Autocéfalas, expresan la mutua comunión entre las iglesias particulares de la comunión. Pero esta comunión en ‘*sinfonicidad*’ se expresa también, y así se juzga, en cada acto de comunión entre un Metropolitano y otros Obispos de la Provincia; entre un Obispo y sus Presbíteros (los pastores ó sacerdotes en su jurisdicción,) así como entre un Presbítero y los fieles de una parroquia; y entre los mismos fieles. Según la letra y espíritu del Canon 34 de los llamados ‘*Cánones de los Doce Apóstoles*,’ aquella doctrina de San Ignacio se complementa en la sentencia, según la cual, cada Misa, o ‘*asamblea eucarística*,’

bajo la presidencia del Obispo, *es la Iglesia Católica en su plenitud*, una iglesia plena, aún sin representar la totalidad numérica o geográfica de la Iglesia. La Iglesia local no es meramente 'una parte' de la Iglesia; la Iglesia de Corinto, por ejemplo, posee la misma plenitud que la Iglesia en Jerusalén, Antioquía, o Roma. Este *status* implica la unidad e igualdad esenciales entre todos los Obispos. — Ahora bien, *no cabe duda de que la Iglesia es Jerárquica*. Esto significa que el poder y la autoridad en la Iglesia siempre se vinculan a, y proceden de, la fuente última de su vida: Cristo el Señor. Aquellos quienes, por Divina elección y consagración, por el Sacramento del Orden, ejercen su autoridad, no son 'déspotas,' desde que ellos mismos deben vivir y enseñar completa y totalmente subordinados a Cristo, a Su Iglesia, Su Palabra, Su Tradición, cánones; a la totalidad de Su Verdad y de Su Espíritu. Y el objetivo único de su gobierno es mantener a la Iglesia en esta Verdad, y asegurar su crecimiento hasta 'la completa estatura de Cristo.' Ellos gobiernan la Iglesia, no 'por el consenso del pueblo,' sino por elección divina; y toda la Iglesia cree que por el Sacramento del Orden se garantizan gracias y carismas o dones para que este gobierno sea el agradable al Señor. La *Sobor*, al ser expresión de la Iglesia, es en sí misma un orden jerárquico; esto es; refleja y manifiesta la organización de la Iglesia. Todos los miembros de la Sobor toman parte en ella según el orden particular y estado en la Iglesia: los Obispos como Obispos, los Sacerdotes como Sacerdotes, los Seglares como Seglares. Sería absurdo pensar que, desde el momento en que la Sobor se congrega, todos sus miembros pierden su 'status' en la Iglesia, viniendo a ser 'unidades iguales' de un gobierno abstracto, donde gobernase 'la mayoría' como único principio de decisión. — Es obvio que la participación de los seglares en la Sobor, puede ser leída por el mundo profano contemporáneo, enfermo del virus Jacobino, desde una falsa interpretación, fundada en la aplicación errónea de *la religión democrática* y sus principios al orden de la Iglesia. Esto ha sido peculiar en el protestantismo congregacionalista norteamericano, por otra parte. — Ahora bien, la participación de los seglares significa, primariamente, el privilegio que poseen en cuanto a expresar sus preocupaciones por la Iglesia, a conversar juntos sobre las necesidades de ésta, a proponer la mejor solución para problemas actuales, o tomar decisiones, en tanto y cuanto ellas se encuentren en plena armonía con la Palabra de Dios y la Tradición y Fe de la Iglesia. Este privilegio se funda en la convicción de que nadie en la Iglesia se halla privado del Espíritu Santo, que obra por los Medios de Gracia, y que a cada uno es dado un espíritu de responsabilidad y conciencia en beneficio de la Iglesia, el espíritu de una militancia activa. Pero este privilegio, no se basa, sin duda, en ningún 'derecho jurídico' que hiciese de los seglares 'co-gobernadores' y 'co-administradores' de la Iglesia. La autoridad para decidir si esta o aquella decisión de la Sobor se halla en acuerdo con la Palabra y la Tradición, permanece en la Jerarquía: y es en este sentido que la Sobor es jerárquica. — La *Sobor*, finalmente, *la Iglesia Sinfónica*, es, pues, la expresión de un interés común por la Iglesia de parte de todos sus miembros, y asimismo la expresión de su estructura jerárquica; y esto es lo que la 'sobornost' — la catolicidad sinfónica, significa en la Tradición Ortodoxa, que es la de la Iglesia Indivisa. La sanción final dentro de la Sobor pertenece a los Obispos, y este principio siempre ha sido la piedra de ángulo de la actividad en la Iglesia Sinfónica, la Iglesia Católica Indivisa de los Siete Concilios Ecuménicos.

15. Luego de los Santos Apóstoles, aparecen los discípulos, menos favorecidos que los Doce Príncipes del Colegio Apostólico, paradigma del Gobierno Aristocrático de la Iglesia, con uno de los Patricios como *primus inter pares*: mas, llenos de un mismo fuego, ellos, asimismo, marcharían a la conquista del mundo, dando nacimiento a las congregaciones de la fe—simiente de la Cristiandad. Las Santas Mujeres, Esposas Místicas del Cordero, no fueron menos conmovidas y elevadas por el descenso de Dios bajo el emblema del fuego. El amor que las retuvo al pie de la Cruz de su Señor, y que las condujo, como las primeras, al Sacro Sepulcro en el ocaso del Sábado Pascual, se inflamó de un nuevo amor. En vano la Sinagoga expulsará a Magdalena y sus compañeras; con '*las memorias Galileas*,' que portaban en su corazón y en sus almas, [la Galilea, en cuyas tierras, justamente, habrían los Galos radicado,] fueron recibidas y escuchadas en la Galia Meridional; y no fue ésta rebelde a su testimonio profético.

16. Entretanto, el tropel de los Judeanos, que había oído el rumor de la tempestad que anunciaba la Venida del Espíritu Santo, se reunió en gran número en redor del misterioso Cenáculo. El mismo Espíritu que se agita íntimamente con tanta magnificencia, les impele a poner sitio a esta Casa que contiene entre sus muros a la Iglesia de Cristo, cuyo nacimiento, flamante, aún resplandece. Sus clamores, retumban; pero, muy pronto el incipiente celo apostólico, que jamás habría de extinguirse, y continúa en nosotros, comenzó a difundirse, al no tolerar límites tan delgados. En un instante, la asamblea profética se precipita a las puertas del Cenáculo, y entra en contacto y relación con aquella multitud, ávida de conocer el nuevo prodigio que acaba de obrar el Santo de Israel.

17. Asombrosamente, la multitud, compuesta por hombres de todas las naciones, que se detenía a escuchar la palabra ruda de los Galileos, se halla de súbito colmada de estupor. Estos Galileos no dejan, en sus comienzos, de proferir palabras confusas, inarticuladas; y cada uno los escucha hablar en su propio idioma. *El símbolo de la unidad aparece en todo su esplendor*. La Iglesia Cristiana se abre a todos los pueblos, representados por esta muchedumbre. *Ella Será Una*, esta Iglesia; pues las barreras instaladas antaño por Dios, en Su justicia, para aislar a las naciones, acaban de abatirse. He aquí a los mensajeros de la Iglesia de Cristo; ellos han de partir; Su Palabra se extenderá por toda la tierra.

18. En medio del gentío, no faltaron algunos que, insensibles al prodigio, se escandalizaron por la ebriedad divina de los Apóstoles: «'Estos hombres,' dicen, 'están colmados de mosto.'» Es el lenguaje del racionalismo que nada puede explicar, si no lo hace acudiendo al falible argumento del hombre caído. Pese a ello, estos Galileos, supuestamente beodos, derribaron a sus pies al mundo entero, y comunicaron aquella ebriedad del Espíritu a hombres y damas fieles en todas y cada una de las naciones del mundo. Los santos Apóstoles comprenden que ha llegado el momento; es preciso que el Nuevo Pentecostés sea proclamado en aquel día, aniversario del primero. Mas, de esta proclamación de la Ley de la misericordia y del amor, que viene a tomar el lugar de la Ley de justicia y del temor reverente, ¿quién es el Moisés? Emmanuel, antes de Su Ascensión, lo había designado en Pedro, forma y figura del Oficio Episcopal, sello de la Eucaristía, que hace de cada Asamblea Cristiana, la Iglesia Católica en su plenitud. Es tiempo que el pueblo así lo vea y lo comprenda; se forma el Rebaño del Cordero, y el pastor de pastores predica. Escuchamos al Espíritu Santo que se expresa por boca del Obispo-Apóstol, en presencia de la muchedumbre silenciosa. Cada palabra que dirá el Apóstol, que no habla sino una sola lengua, es comprendida por cada uno de los oyentes, que poseen distintos idiomas, y vienen de diversas naciones. *Este discurso es, en sí mismo, la demostración de la Verdad y la Divinidad del Evangelio.*

19. «'Varones Judeanos,' grita, con alta elocuencia, el pescador del lago de Genezareth, 'varones del verdadero Israel que podáis ser hallados en este momento en Jerusalén, escuchad, prestad oído a mis palabras. No; estos hombres que vosotros veis no están ebrios, ni son beodos, como la habíais pensado; pues no es aún siquiera la hora de tercia: mas, en este momento, se cumple delante de vosotros la palabra profética del santo varón Joel: «'En los últimos días,' dice el SEÑOR, 'derramaré Mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas; y los jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos sueños inspirados. Y en aquellos días, derramaré Mi Espíritu sobre Mi siervos y Mis siervas, y ellos profetizarán.'» «'Varones Israelitas, escuchadme bien; recordad a Jesús de Nazaret, a quien Dios confirmó delante del pueblo y de vosotros mismos con prodigios hechos por Su mano; a Él vosotros asesinasteis, clavándole en el madero. ¡Arrepentíos, pues, y creed al Evangelio!'»

20. «'Sí, es este Jesús,' prosigue Pedro, 'entregado a Sus enemigos, según el decreto de la predestinación de Dios, a quien vosotros mismos habéis hecho morir con manos impías; mas Dios le ha resucitado: aún más; es Él quien ha entregado Su vida, para volverla a tomar, siendo Dios Él mismo, para ser así arrebatado a la infamia de la tumba, que no pudo retenerle. ¿Acaso David no dijo de Él, «'Mi carne descansará en la esperanza, pues Tú no permitirás, SEÑOR, que Aquél que es Tu Santo pruebe la corrupción? No era de sí que David hablaba; pues él ha muerto, y su sepulcro aún está entre nosotros; mas él anunciaba la Resurrección de Cristo, que no fue dejado en la tumba, de lo cual todos nosotros somos testigos. Elevado a la Diestra de Dios, según la Promesa del Padre, ha derramado sobre nosotros y sobre toda la tierra al Espíritu Santo, tal como lo habéis visto y oído. Sabed pues, Casa de Israel, y sabedlo con toda certeza, que a este Jesús, que vosotros crucificasteis, DIOS LE HA HECHO CRISTO Y SEÑOR.'» (Hechos, ii.)

21. Así se promulgó la Nueva Ley, por boca del nuevo Moisés. Así la recibieron los oyentes, conmocionados por el don inestimable de este segundo Pentecostés, que venía a disipar las sombras del antiguo y traer a la luz del día las poderosas realidades divinas. Dios se revelaba, y, como siempre, lo hacía por milagros. Pedro recuerda los prodigios de Jesús, que la Sinagoga, engeguedada de odio, había desechado; aquellos daban testimonio de Él. Proclama el Apóstol la Venida del Espíritu Santo, y como prueba alega el prodigio inaudito que sus oyentes tienen delante de los ojos, en el don de las lenguas o idiomas conferido a los moradores del Cenáculo.

22. En prosecución de Su obra eminente, el Espíritu Santo, que velaba sobre esta muchedumbre, da Vida, por Su acción divina, al proclamar el Apóstol la Palabra de Dios, a todos los corazones predestinados. La fe nace y se desarrolla de pronto en estos discípulos del Antiguo Sinaí, que habían sido movidos a venir a una Pascua y un Pentecostés, que desde ahora serían estériles. Transidos de temor y de angustia al haber clamado por la muerte del Justo, de quien ahora confiesan la Resurrección y Ascensión a los cielos, aquellos israelitas, seguidores de Moisés, y no de la Cábala ni del Talmud, elevan delante de los Apóstoles su grito penetrante: «'¡Ah! ¡Varones hermanos, qué haremos ahora!' » Pero no se trataba de 'hacer': el mismo Cristo había replicado una vez: la Obra de Dios *ES QUE CREÁIS EN AQUEL A QUIEN ÉL HA ENVIADO*. Y vemos en ellos esta invencible disposición para la fe. El deseo de creer, y el designio firme de vivir una vida en Cristo, según la fe confesada. Pedro retoma su sermón: «'Arrepentíos, y bautizaos en el Nombre de Jesucristo, y tendréis parte, también vosotros, en el don del Espíritu Santo. La Promesa es para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, incluso los paganos: en suma: para todos aquellos a quienes llame el SEÑOR Nuestro Dios.' »

23. Siguiendo cada palabra del nuevo Moisés, el Pentecostés del Antiguo Testamento se desvanece, y el Pentecostés Cristiano, sobrenatural, de otra esfera, resplandece con luz inextinguible en el horizonte. El Reino del Espíritu de Dios, que obrará por la Palabra y los Sacramentos del Verbo Encarnado, se inaugura en Jerusalén, enfrentado a un templo terrestre convicto a ser demolido, en tanto el Mediador comienza Su ministerio en el verdadero tabernáculo, uno 'no hecho por mano de hombre, en los cielos.'—Seguramente muchas otras cosas predicaron Pedro y los Apóstoles, pero el sagrado Libro de los Hechos, recoge estas palabras, que aún hoy resuenan como el último llamado de misericordia y salvación: «'Sed salvos de esta perversa generación.' » Son estas mismas palabras las que inspiran nuestro Ministerio en *Satania*, hoy, en los últimos días que preceden inmediatamente la Segunda Venida de Cristo. ¡SED SALVOS DE ESTA PERVERSA GENERACIÓN!

24. Es preciso romper, mis hermanos, si falta hiciere, en efecto, con parientes y amigos; dejar que el Señor obre en nosotros la consagración que luego Él, en Su inefable misericordia, recompensará; recibir el Nuevo Pentecostés, *salir de las Sinagogas de las iglesias usurpadas y muertas*, a la perdurable Iglesia Cristiana, que hoy es una Iglesia Escondida, *Ecclesia Abscondita*, pero que lleva las marcas infalibles de Cristo. En esta desolada noche, como la de aquella *Rosa de Pasión* que nos relata el poeta, mil combates tienen lugar en el corazón de los hombres; pero no desfallecemos, al saber que el Espíritu Santo es irresistible. En aquellos días apostólicos, tres mil personas dieron un paso al frente y cayeron de rodillas, confesando el Nombre de Jesús; y en ese mismo día recibieron la marca de la adopción en sus frentes. —Ah, mis hermanos, creo que San Agustín, como de costumbre, ha tenido razón: los 144.000 sellados deben ser literales. ¡Oh Iglesia del Dios Vivo, qué bella eres, cuán santa, en la Palabra y el Espíritu! Naciste entre los brazos de la Santa Madre de Dios, la llena de gracia; luego, tus siguientes pasos fueron dados por los Apóstoles y los Discípulos; el tercero, vino con los tres mil fieles, nuestros ancestros en la gracia, que pronto dejarían *Jerusalén la Repudiada*, llevando a sus propias tierras las primicias de un nuevo pueblo sobrenatural, de una nación santa, cuya patria está en los cielos. Mañana Pedro se levantará a predicar en el templo, y, por la eficacia de la Palabra, cinco mil almas se confesarán pecadoras y perdidas, y creerán en Jesucristo, Dios y Salvador. ¡Salve, pues, Iglesia de Cristo, en catedrales o catacumbas, en Abisinia o en alturas desconocidas de los Andes! ¡Salve, en temples, en salones alquilados, en hogares! Salud a ti, creación última y noble del Espíritu Santo, sociedad inmortal que militas en el mundo, aunque no perteneces al mundo. Hoy es Pentecostés, el día sacro de tu nacimiento, cuando iniciaste con gloria la secuencia de los siglos que debía recorrer en este mundo la Esposa de Emmanuel. Tú nos das, por los Medios de Gracia instituidos por el Divino Maestro, el Santo Espíritu que escribe, ya no sobre la roca, mas en nuestros corazones, la Ley de la vida eterna.

25. Al ser de tal magnitud la relevancia del misterio de Pentecostés en la economía Cristiana, no nos asombra que la Liturgia le asigne rango tan distinguido como aquel que se atribuye a la misma Pascua. La Pascua es la Redención del hombre caído por la Sangre de Cristo; en Pentecostés, el Espíritu Santo toma posesión del hombre redimido; la Ascensión es el misterio intermedio. Por un lado, la Ascensión consume la Pascua, estableciendo al Hombre-Dios, vencedor de la muerte y Capitán de Su Iglesia y de Sus fieles, a la Diestra del Padre; por el otro, ella determina el envío del Espíritu Santo sobre la tierra, a obrar la salvación y la santidad por los Medios de gracia que instituyó el Verbo Encarnado. Este envío no podía acaecer antes de la glorificación del Señor Cristo, como nos lo enseña el Vidente de Patmos (*Joann.*, vii. 39,) — era preciso que el Hijo de Dios fuese glorificado, para que, en la obra de la salvación, recibiese el Espíritu Santo, procedente del Padre en la eterna procesión intratrinitaria, como Representante de los Elegidos y como el Nuevo Adán y Jefe de Su Iglesia: para que Él mismo, que había ganado el derecho por Su vida impecable, hecho igual a Sus hermanos, pero sin pecado, lo enviara sobre ellos, y a causa de ellos, a toda la tierra. La misión externa de cada una de las Personas divinas no es sino la consecuencia y una hierofanía de la realización misteriosa y eterna que acaece en el seno intratrinitario de la Deidad. Así el Padre no es enviado ni por el Hijo ni por el Espíritu Santo, desde que Él no es producido por ellos. El Hijo es enviado a los hombres por el Padre, debido a que el Padre le engendra de toda eternidad. El Espíritu Santo es enviado por el Padre, porque al Padre pertenece la procesión eterna del Espíritu; mas Él lo envía por medio del Hijo, a causa del misterio de la Encarnación, del Dios-Hombre, que lo recibe, glorificado, como el Nuevo Adán, que tiene la misión de crecer y multiplicarse en una Nueva humanidad. Para que la misión del Espíritu Santo se cumpliese dando gloria al Hijo, era justo que no tuviese lugar hasta que el Verbo Encarnado tomara sede en el trono, a la Diestra del Padre; y es esta una gloria sobremanera magnífica para la naturaleza humana—que ella, en el momento de tal misión, estuviese indisolublemente unida a la naturaleza divina en la Persona del Hijo de Dios, de modo que fuese apropiado el decir que el Hombre-Dios ha enviado el Espíritu Santo sobre la tierra.

26. Esta augusta misión no sería dada al Espíritu, *hasta que los hombres perdiesen la vista corporal del Salvador Jesús*. Como lo hemos dicho, era preciso, de allí en más, que los ojos y los corazones de los fieles mantuvieran hacia el Divino Maestro un amor aún más puro y espiritual. ¿Y a quien correspondía brindar a los hombres este amor nuevo, sino al Todopoderoso Espíritu Santo, nexo entre el Padre y el Hijo: vínculo de un amor eterno? Este Espíritu que abraza y que une y que es llamado en el Santo Escrito el « don de Dios; » y es en Pentecostés que el Padre, *por el Hijo*, Cabeza Mística de la Iglesia, a ella envía por su Capitán el don inefable: pues todos somos uno en el Cuerpo de Cristo, cada uno de nosotros fue incluido en el Convenio de gracia, antes de la fundación del mundo. Recordemos la Palabra del Señor Cristo a la mujer de Samaria, al borde del Pozo de Sicar. « ¡Oh, si tú conocieses el don de Dios! (Joann., iv. 10.) » Mas el Espíritu no había descendido aún entre los hombres; no se manifestaba a ellos sino por bendiciones parciales. A partir de hoy, de Pentecostés, el Espíritu de Dios todo lo anima, actúa por doquiera. *Nosotros conocemos el don de Dios; se nos llama a creer el Evangelio, a dar testimonio de cómo la gracia nos abre el corazón de piedra, como sucedió con los tres mil que escucharon la predicación de Pedro.*

27. Pero notemos en qué momento del año el Espíritu de Dios toma posesión de Su dominio. Vimos a Nuestro Señor Jesucristo, Sol de Justicia, elevarse tímidamente del seno de las sombras del solsticio de invierno, para subir, lentamente, hasta el zénit. En sublime contraste, el Espíritu busca otras armonías. Él es fuego, fuego que consume (Deuter., iv. 24.) Él resplandece sobre el mundo cuando el sol brilla en su máximo fulgor, cuando este astro contempla la tierra cubierta de flores y frutos nacientes, en tanto la templa con sus rayos. Recibamos de un mismo modo el calor vivificante del Espíritu divino, y roguemos con humildad que Su obra no demore en nosotros. En este momento del Año Litúrgico, nos hallamos en posesión plena de la Verdad, encendida en nosotros por el Verbo Encarnado; velemos por amparar fielmente el amor que el Espíritu Santo nos aporta de Sí mismo.

28. Llega el momento de celebrar el Santo Sacrificio. Colmada del Espíritu Santo, la Iglesia Remanente, débil, dispersa en las tinieblas de *Satania*, ofrecerá el tributo solemne de su conmovida gratitud, por el perdón de sus pecados y un camino en la santidad de Cristo, ofreciendo la Víctima que nos ha merecido tan dulce gracia por Su expiación perfecta. Llega el Introito, y las palabras expresan un oráculo del Libro de la Sabiduría, que hoy se consume. Es el Espíritu Santo, expandiéndose sobre el mundo, dando a los Apóstoles, como arras de Su poder presente, la ciencia de la Palabra, por la cual Él todo lo obra y lo crea.

29. Cuatro grandes eventos señalan la existencia de la raza humana sobre la tierra, y los cuatro dan testimonio de la infinita bondad de Dios por nosotros. El *primero* de ellos es la creación del hombre y su vocación al estado sobrenatural, cuyo fin último es la visión bienaventurada y la posesión eterna de Dios. El *segundo*, es la Encarnación del Divino Verbo, quien, al unir la naturaleza huma con la divina en Cristo, eleva al ser creado a la participación con la Deidad, proveyendo, a la vez, la víctima necesaria para rescatar a Adán y su simiente, de la prevaricación. El *tercer* evento es el descenso del Espíritu Santo, cuyo aniversario celebramos hoy.

30. Por último, el *cuarto* es la Segunda Venida de Cristo, quien vendrá a librar del Anticristo y del Diablo su amo, a Su iglesia, a Su Esposa, llevándola a los cielos, para celebrar con ella las Eternas Bodas del Cordero. Estas cuatro obras divinas, la cuarta de las cuales aguardamos en anhelante espera, son la clave de la Historia humana, cuyo único significado ha sido ser marco para los eventos redentores de Dios. Nada real ha existido ni existe fuera de ellos; pero el hombre animal, ni los ve, ni los entiende. « La luz resplandece en las tinieblas, mas las tinieblas no la han comprendido' (Joann., i, 5.) »

31. ¡Bendito sea el Dios de Misericordia que «nos ha llamado de las tinieblas a la luz admirable de la fe! (I Pedro, ii. 9.)» Nos ha hecho hijos de una simiente que «no es ni de carne ni de sangre, ni de voluntad del hombre, sino de Dios' (Joann., i. 1—3.) » Por esta gracia es que nos hallamos hoy, aquí, atentos a la tercera de las Obras divinas sobre el mundo, el descenso del Espíritu Santo, y que hemos escuchado el asombroso relato de Su Venida. Esta misteriosa tempestad, este fuego, estas lenguas, esta ebriedad sagrada, todo nos transporta al mismo centro del consejo divino, y allí musitamos, « *¿Ha amado tanto Dios al mundo?* » Jesús, en tanto ministró sobre la tierra, nos lo dijo: Sí, « 'tanto ha amado Dios al mundo—a los Suyos que están el mundo—*mundo por el cual Él no ruega*—que ha dado a su Hijo Unigénito' (Joann., iii. 16.) » Hoy consume esta palabra sublime, y nos dice, « 'El Padre, por Su Hijo, y desde Él, tanto ha amado al mundo, que ha dado el Espíritu Santo.' » Vengamos al don, sabiendo *qué cosa es el hombre fuera de Cristo*. Predicamos esta Homilía, y comprendemos que todas las voces alrededor se oponen al mensaje y Palabra de Dios; el mundo, antaño gobernado por Dios, levantado de la barbarie y la muerte por la Cristiandad, yace ahora en ruinas a manos de la Revuelta y la Revolución, en esta Hora del Poder de las Tinieblas, cuando los últimos fieles que aguardarán y verán a Cristo volver con Grande Gloria, sufren la misma

Pasión de Su Señor; pues *¿qué no han hecho con el leño verde, que no harán con la leña seca?*—en esta hora es cuando más fuertes debemos descubrirnos, pues nuestra liberación de Egipto y Sodoma está cerca. El racionalismo, el naturalismo, buscan exaltar la soberbia del hombre impío, soberbia natural a la carne, queriendo siempre llevarlo cautivo a la Babilonia Mística, bajo el yugo de la arrogancia y los placeres de los sentidos, cada vez más colmados de inmundicia, perversión, y enfermedad. Frente a esto, la fe Cristiana nos llama a ser humildes, y al renunciamiento; como bendición, nos señala al mismo Dios, dándose a nosotros.

32. Aprendemos, aún, del discurso que Jesús dirige a Sus discípulos después de la Cena, que el Espíritu, que hoy desciende sobre nos, es enviado por el Padre, mas el Padre lo hace « en el Nombre del Hijo;» tal como más tarde, Cristo mismo dirá que Él ha de enviarles el Espíritu Santo (*Joann.*, xv. 26.) Estas diversas maneras de expresión, buscan revelarnos las relaciones que existen en la Santa Trinidad entre las Personas divinas. Es el Padre quien envía el Espíritu, pero el Espíritu es, asimismo, del Hijo. Es el Padre quien lo envía, mas *por* el Hijo. En este Día de Pentecostés, nuestro agradecimiento debe elevarse, a la vez, al Padre, que es el Poder, y hacia el Hijo, que es la Sabiduría; El Padre engendra eternamente al Hijo, y, cuando llega la plenitud del tiempo de los hombres, Él lo da para que sea, al haber tomado la naturaleza humana, Su Mediador y Salvador; en tanto, el Espíritu Santo procede eternamente del Padre, quien, en la hora exacta, le envía para que sea entre nosotros un principio y un vínculo de amor: como lo es entre el Padre y el Hijo. Jesús nos enseña que la misión del Espíritu es posterior a la Suya; porque era preciso que los hombres de antemano fueran iniciados a la Verdad, por Aquel que es la Sabiduría. En efecto, *no habrían podido amar lo que no hubiesen conocido*. Mas ahora, que Jesús ha consumado Su obra, ahora que en Sí mismo ha hecho asentarse, a la humanidad, en la persona de Sus redimidos, sobre el trono de Dios y Su Padre, ahora el Padre Celestial, por y a causa de Su Hijo envía el Espíritu divino para conservarnos a todos en esta Palabra que *«es espíritu, y es vida»* (*Ibid.* vi, 64,) » y en nosotros se manifiesta como la preparación del amor.

33. La gran jornada avanza en su curso, y, colmados del Espíritu, no podemos separarnos del magnífico espectáculo, del cual la misma Jerusalén testifica, que ese fuego santo ha pasado del corazón de los Apóstoles a muchos de los hombres del tumulto que les rodeaba. El dolor por haber crucificado «al Señor de gloria» (I Cor. ii, 8,) ha derribado el orgullo de varios de aquellos Fariseos que persiguieron a la Víctima Sacra, con sus gritos de maldiciones y blasfemias (como las que hoy promueven necios ó endemoniados que piden 'se les borre del Bautismo,' en tanto se ufanan de su condición de 'ateos,' estos *canis satani*) con los que siguieron al Sangrante Autor de la Vida, por la Vía Dolorosa. Pero estos pocos, ¿a qué se les llama, por la Elección de gracia? A creer, y bautizarse. En medio del torbellino del Espíritu Santo, que los envuelve, retumba la voz de los Doce: « 'Aquel que ha sufrido sobre la Cruz y que ha resucitado de entre los muertos, es el mismísimo Hijo de Dios, que el Padre engendra de toda eternidad; el Espíritu que ahora veis manifestarse, es la Tercera Persona de una única y divina esencia.' » La Trinidad, la Encarnación, la Redención, fulguran de súbito ante los ojos de aquellos *verdaderos israelitas*, tal como Cristo llamó a Nataniel, (y no 'Judío;') las sombras se desvanecen, y dan lugar al día radiante del Nuevo Testamento. Es hora que se cumpla la voz profética del Bautista a orillas del Jordán, esas palabras que todavía muchos llevan en sus oídos: « 'En medio de vosotros hay Uno al que no conocéis, del cual no soy digno de atar la correa de Sus sandalias. Yo os bautizo en agua; pero Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.' » (*Joann.*, i, 26.) »

34. Y este Bautismo de fuego, es por el Agua que se administra. Sí, así es. El Espíritu, que es fuego, opera por el agua, y es llamado «la fuente de agua viva.» El Profeta Ezequiel había saludado a lo lejos esta hora solemne, cuando revelaba estas palabras, un oráculo de Dios: 'Y derramaré sobre vosotros agua pura, y quedaréis lavados de toda vuestra inmundicia, y os limpiaré de todas vuestras idolatrías. Y Yo os daré un corazón nuevo, y pondré en medio de vosotros un nuevo Espíritu, y quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré Mi Espíritu en medio de vosotros, y haré que guardéis Mis mandamientos. Y observaréis Mi Ley santa: y vosotros seréis Mi pueblo, y yo seré vuestro Dios.' (Ezech., xxxvi, 25-28.) »

35. La profecía era clara, y la hora en la cual llegaba el Espíritu era la misma en la cual el agua debía fluir. Este elemento, sobre el cual suavemente planeaba el Espíritu divino, desde el origen del mundo, —y memoremos la Epifanía, el contacto con la carne sagrada del Verbo Encarnado en el Jordán; y la paloma celestial, que une su acción santificante a la del Hijo de Dios. —Ahora se ha cumplido la completa serie de los misterios; hemos sido redimidos, Jesús está a la Diestra del Padre, y el Espíritu divino viene a nosotros; y con nosotros morará hasta el fin de los siglos. Por ello es abierta la fuente de los Sacramentos. A esta hora el Espíritu ha levantado el primero de los sellos, y el agua bautismal corre para ya no detener su curso, hasta que haya regenerado al último de los Cristianos que haya de

nacer en esta tierra. Pero el Espíritu divino es el «Don del Dios Altísimo;» los santos Apóstoles poseen este don entregado a los hombres: no lo retendrán para sí mismos. Se levanta un segundo sello, y el sacramento de la Confirmación hace descender sobre los discípulos el Espíritu que ha fulgurado en el Cenáculo. Por la virtud (de *virtus*, poder,) de los Apóstoles, Pedro, Santiago, Juan, y el resto de los Doce, sacerdotes y profetas de la nueva ley, comunican a los hombres, en el Espíritu, por la Palabra, la fuerza divina que les será necesaria para confesar a este Jesús de Nazaret, de quien son ahora para siempre bienaventurados miembros.

36. Mas no han sido aún deificados, estos recién nacidos a la gracia divina, tintos desde el principio por un doble carácter; les falta aún la comunión con Cristo: el Santo que instituyó los Sacramentos, el Mediador en el Santuario; el Redentor, que ha reconciliado a Dios y el hombre. Falta todavía la apertura de un sello, que es el sacerdocio nuevo: cuando el Oficio Sagrado de la Palabra y los Sacramentos, ministrado por los Apóstoles, por vez primera consagre los humildes elementos, para que el Señor, obrando por Sus Ministros, traiga Él mismo Su Presencia Real: y así, esta multitud santamente famélica, guste de este Maná, que nutre no tan sólo el cuerpo, como sucediera antaño en el desierto, mas también el alma; sí; como conviene ahora, que sea un Maná «que da la vida al mundo (*Joann.*, vi, 33.) » El augusto Cenáculo, fragante aún del recuerdo solemne que Cristo ha obrado en la Vigilia de Su Pasión, revive el sublime prodigio del que fue testigo. Rodeado de los Doce, Pedro consagra el Pan y el Vino recitando las divinas palabras de institución que su boca jamás antes había pronunciado, y el Espíritu, obrando por la Palabra eficaz, produce entre sus manos el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Se inaugura el Nuevo Sacrificio, y desde entonces, aún en las catacumbas, no ha dejado de ofrecerse cada día hasta la consumación de los siglos. Los neófitos se aproximan, y, de mano de los Apóstoles abren sus labios para recibir al Cordero de Dios, alimento celeste que consuma su unión con el Padre, por los méritos de Cristo, Pontífice Eterno según el Orden de Melquisedec.

37. No olvidemos que en este día magno, en este primer Sacrificio, celebrado por los Apóstoles, la participación de María ha sido esencial: pues ella ha sido la fuente de esta carne divina desde el seno materno. Cubierta por los fuegos del Espíritu Santo, que ha venido sobre ella a confirmar esta maternidad en beneficio de los elegidos, a quienes el Salvador Jesús la confía en el Calvario en la persona de San Juan, ella se une a este Hijo tan amado, que se ha ido a los cielos, dejándole el encargo de velar por Su Iglesia naciente. A partir de entonces el Pan y el Vino consagrados, le devuelven a su Hijo, hasta que ella misma sea glorificada en los cielos para gozar eternamente de Su vista, recibir Sus caricias, y prodigarle las suyas.

38. ¡Cual no fue la bienaventuranza de estos neófitos, a quienes fue concedido, en este día de gozo, el aproximarse a tan augusta reina, María, la siempre Virgen, a quien se le concedió llevar en su regazo a Aquel que había sido prometido a nuestros Padres, en la Caída! Descubrieron los rasgos de la Nueva Eva, oyeron su voz, experimentaron el sentimiento filial que inspira a todos los seguidores de Jesús. — La santa Jerarquía aparece con los Apóstoles; en aquellos a quienes Jesús escogió por Sí mismo, ahora en el tiempo, antes en la eternidad. Y así la Simiente Divina de la Palabra fue echada en buena tierra; el agua bautismal regenera a la *élite* de los hijos de Israel, el Cuerpo Místico de Cristo, la Comunión de los santos. A ellos el Espíritu Santo les comunica Su fuerza, el Verbo divino les alimenta con su Cuerpo y Su sangre, *que son verdaderamente comida y bebida (Psalm.*, ii, 11,) y María les recibe, en este nuevo nacimiento, en sus brazos maternos. —Oh, quiera el Señor bendecir a los Suyos, en esta hora. *Amén.*

§ Y ahora a DIOS + el PADRE, + DIOS, el HIJO, y DIOS el ESPÍRITU SANTO + sean dados todo honor y toda gloria, en esta hora y para siempre. *Amén.*

Bendiga el Señor Su Palabra en nuestros corazones, por los méritos de Cristo. *Amén. Y amén.*

SOLI DEO GLORIA

Sanguis Iesu Christi, Filii ejus, emundat nos ab omni peccato. I Ioh. 1.7